

# Oriente Próximo y la carrera nuclear

*Rosa Meneses*

*Periodista especializada en información sobre Oriente Medio del diario El Mundo*



Oriente Medio vive una carrera nuclear imparable. Los países de la región, azuzados por el programa nuclear iraní, han emprendido un proceso de modernización tecnológica para comenzar a generar energía atómica. Egipto, las petromonarquías del Golfo Pérsico y los Estados del Magreb han suscrito acuerdos con Francia y Estados Unidos para llegar a tener instalaciones nucleares propias y poder atender así la demanda de energía que necesitan. La región, políticamente muy volátil, se enfrenta a la grave crisis financiera global y se prepara, como el resto del mundo, para la anunciada escasez del petróleo, cuyos altos precios experimentados entre 2007 y 2008 fomentaron la búsqueda de energías alternativas en los países no productores.

Preocupa la fiebre atómica que se está generando en los países árabes. La inestabilidad y los conflictos encastrados son la norma. El conflicto palestino-israelí ha entrado en una nueva fase después de la desproporcionada ofensiva israelí en Gaza, que acabó con la vida de más de 1.400 personas, en su mayoría mujeres y niños, y destruyó gran parte de las poblaciones y las infraestructuras de la Franja. A ello se añade el deterioro de la política interna palestina, dividida en dos facciones —la Autoridad Nacional Palestina de Al Fatah, en Cisjordania, y el movimiento islamista Hamas, en Gaza— con intereses irreconciliables. Irak sigue luchando por su estabilidad y los planes de salida de las tropas de Estados Unidos dejan abierta una puerta a la incertidumbre. En ambos lugares, que se produzca el giro en política exterior prometido por el presidente Barack Obama será determinante.

*La carrera atómica corre el riesgo de eclipsar y drenar recursos a otros esfuerzos en políticas sociales y de desarrollo en Oriente Medio*

En el Magreb, el conflicto por el Sáhara Occidental sigue siendo fuente de fricciones y enfrentamientos entre Marruecos, el Frente Polisario y Argelia, al tiempo que impide la soñada cooperación interregional. Pero el mayor problema al que se enfrentan los Estados del norte de África es la expansión de Al Qaeda, que cuenta en la región con una rama muy activa, Al Qaeda para el Magreb Islámico. Responsable de un gran número de atentados en Argelia y Mauritania, sus tentáculos se extienden hasta el Sahel.

El reputado estratega francés François Heisbourg apunta, en un artículo publicado en *Le Monde*, que la proliferación de armas de destrucción masiva en Oriente Medio resucita el fantasma de un conflicto nuclear de proporciones devastadoras: si Irán obtiene la bomba, la escalada armamentística para obtener medios de destrucción nucleares se convertirá en un proceso imparable y la guerra nuclear será, antes o después, inevitable (Heisbourg, 2007). No opinan lo mismo otros expertos, como Christoph Bertram, que afirma que el simple hecho indeseable de que Irán acabe poseyendo armas nucleares no nos precipita hacia una guerra nuclear ni será tampoco una calamidad estratégica para Europa, Estados Unidos ni incluso la región (Bertram, 2008).

Sin embargo, además del riesgo de una eventual guerra nuclear, las inquietudes de los expertos también se centran en la misma naturaleza de la energía nuclear: una energía costosa, poco ecológica y de difícil reciclado que sin duda generará dificultades financieras, políticas, securitarias, medioambientales y de desarrollo en los Estados árabes y en Irán. La carrera atómica corre el riesgo de eclipsar y drenar recursos a otros esfuerzos en políticas sociales y de desarrollo que deben llevarse a cabo urgentemente por estos regímenes.

### **La confrontación Israel-Irán**

Israel es, hasta la fecha, el único poder nuclear en medio del océano del mundo árabe. Comenzó su programa atómico en la década de los años cincuenta, pero no es firmante del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP). Poco después de proclamar el Estado de Israel, en 1948, el primer ministro, David ben Gurion, lanzó un programa nuclear que no fue respaldado por Washington, pero sí por Gran Bretaña y Francia, enfrentados entonces al padre del nacionalismo árabe y presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, que había nacionalizado el Canal de Suez. En 1954, Francia acordó proporcionar ayuda a Israel para convertirlo en una potencia nuclear. Dos años después, Israel invadió la península

del Sinaí, con el apoyo de París y Londres. El objetivo: detener a Nasser. De esta colaboración, Israel obtuvo la información necesaria para investigar en materia nuclear. Centenares de técnicos franceses fueron enviados a Israel para desarrollar su programa y construir un reactor nuclear de 24 megawatios en Dimona, en pleno desierto del Neguev.

Durante años, el programa israelí fue floreciendo oculto a los ojos de Washington. Primero se dijo que las instalaciones eran una fábrica textil; luego, que se trataba de una central de extracción de agua y una planta desalinizadora (Reigeluth, 2008). En realidad, a mediados de los años sesenta, Israel ya obtenía plutonio. Y se atrevió incluso a planear una prueba nuclear contra sus vecinos árabes antes de la guerra de 1967, aunque no llegó a ponerla en marcha. En 2004, Israel se negó a revelar su capacidad al Organismo Internacional para la Energía Atómica (OIEA), una agencia de la ONU. Sin embargo, dos años después, los líderes israelíes declararon implícitamente que su país poseía la bomba. Israel firmó otro acuerdo nuclear con Estados Unidos en abril de 2008, con el fin de mejorar la seguridad y la tecnología. Se estima que, en la actualidad, Israel posee un arsenal de 200 cabezas nucleares.

El tira y afloja entre Occidente e Irán tiene que ver con la voluntad de Occidente de mantener la supremacía nuclear de Israel en la región. Pero la desafiante fuerza nuclear israelí ya desató ambiciones entre sus vecinos desde el principio, sobre todo en Irán y Egipto. Bajo el régimen del Shah de Persia, se establecieron los primeros pasos para generar energía nuclear en el país, entonces bajo el beneplácito de Washington. Se firmaron acuerdos con Alemania, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos por valor de 10.000 millones de dólares. Sin embargo, la Revolución Islámica de 1979 dio al traste con estos planes. El ayatolá Jomeini cerró el programa calificándolo de anti islámico. Años después, en 1985, Teherán decidió retomar sus ambiciones atómicas, tomando como ejemplo las centrifugadoras paquistaníes. Se encontraba entonces inmerso en una devastadora guerra contra Irak, país que también coqueteaba con el ciclo atómico.

Irán tiene ya en funcionamiento un programa de enriquecimiento de uranio, aunque argumenta que sus pretensiones son civiles. “Tenemos objetivos pacíficos y siempre hemos colaborado con la agencia de forma clara y cercana. Nuestra actividad nuclear ha sido transparente, pero estamos dispuestos a obtener el derecho inalienable del pueblo iraní”, declaró el embajador de Irán en España, Seyed Davoud Salehi Monfared, a finales de 2007, un día después de que el Organismo Internacional para la Energía Atómica (OIEA) publicara un informe sobre el programa iraní.



*El informe del OIEA concluía en 2007 que las afirmaciones de Teherán en el sentido de los fines pacíficos de su programa no podía ser objeto de confianza total*

El informe de Mohamed El Baradei, director del OIEA, publicado el 15 de noviembre de 2007, concluía que las afirmaciones de Teherán en el sentido de los fines pacíficos de su programa no podían ser objeto de confianza total (OIEA, 2007). El texto certificaba la instalación de 3.000 centrifugadoras de enriquecimiento de uranio, cantidad suficiente para comenzar la producción a escala industrial de combustible nuclear. Según se podía deducir de las conclusiones del informe, este hecho daría capacidad a Irán para construir una cabeza atómica en tan sólo un año. Funcionando a su velocidad máxima, las centrifugadoras son capaces de producir una cantidad de uranio apto para armamento (enriquecido a un 90%), capaz de servir para construir la bomba. Sin embargo, el OIEA afirmó que el uranio que la República Islámica estaba produciendo hasta entonces es tan sólo para combustible (enriquecido al 4%), revelando graves dificultades técnicas que persisten en el proceso iraní, dada la falta de especialistas. Expertos británicos subrayaron entonces que los científicos iraníes necesitarían años para conseguir que las centrifugadoras funcionen eficientemente a su máxima velocidad durante un periodo de tiempo sostenido. Más concretamente, un informe de la inteligencia estadounidense estimó que Irán no será capaz de producir uranio altamente enriquecido para uso militar hasta 2010 o 2015.

En los informes de febrero y noviembre de 2008, El Baradei tuvo que reafirmarse en sus conclusiones: pese a que Teherán había aportado más información y cooperado más activamente con el OIEA, el organismo continuaba siendo incapaz de certificar la ausencia de actividades nucleares no declaradas. Los esfuerzos de Irán por desarrollar misiles balísticos de largo alcance —los *Shahab-3*, diseñados para alcanzar objetivos más allá de los 1.300 kilómetros de distancia— hacen sospechar de las intenciones de dotarlos con cabezas nucleares. Sin embargo, se trata por el momento de especulaciones.

Los informes de El Baradei acrecentaron la presión de Estados Unidos y Europa hacia Irán e intensificaron las sanciones contra el régimen de los ayatolás, pese a que se reconoció entonces que Irán había facilitado el acceso del personal del OIEA a sus instalaciones y había respondido a las cuestiones planteadas por el OIEA. El Consejo de Seguridad emitió una resolución instando a la República Islámica a detener su programa. Pero las presiones diplomáticas, contrabalanceadas por Rusia y China, no han logrado paralizar la ambición iraní de lograr dominar el ciclo del átomo. La propuesta estadounidense, inspirada en la oferta de Rusia, de internacionalizar las actividades de enriquecimiento de uranio de Teherán y convertirlas en un programa multilateral no ha sido escuchada.

Tampoco la mediación europea ha sido capaz de negociar una interrupción del programa iraní. El Baradei aboga por la vía del diálogo y la reconstrucción de la confianza entre Occidente y Teherán, pero considera que esta estrategia “ha fracasado por completo”. “No se puede amenazar a Irán como a un burro, con el palo y la zanahoria. Esto es una competición por el poder en Oriente Medio”, ha declarado en una entrevista con la revista *Newsweek* (Weymouth, 2009). El director general del OIEA considera que la República Islámica está buscando a través de su programa nuclear un rol reconocido como poder regional y, dadas las amenazas recibidas por parte de la presidencia de George W. Bush, es lógico que intente también protegerse. “Creen que si tienes la tecnología que puede permitirte desarrollar un arma nuclear en un corto periodo de tiempo, te da poder, prestigio y seguridad... Llevan escuchando desde la anterior Administración [de Estados Unidos] conversaciones sobre destinar fondos para favorecer un cambio de régimen, sobre el *Eje del Mal*, y si alguien estuviera en su lugar, haría todo lo que pudiera para protegerse”.

Esta lógica parece cierta. Por su parte, la República Islámica no quiere hablar de suspensiones, aunque Ali Jamenei ya ordenó una pausa en las actividades de enriquecimiento de uranio al final de la presidencia de Mohamad Jatami (1997-2005). Teherán entiende las suspensiones como un periodo de tiempo durante el que se puedan realizar avances en la tecnología y no como una acción que lleve a la clausura del programa, tal y como desearían Estados Unidos y Europa. Si por algo habría de ser recordada la presidencia del ultraconservador Mahmud Ahmadineyad será por permanecer imperturbable a las presiones contra la *nuclearización* de Irán.

El programa iraní goza del apoyo de Rusia, que es el principal constructor del reactor de Bushehr y el suministrador de un sofisticado sistema de misiles antiaéreos destinado a proteger esta planta. En noviembre de 2008, el director de la Organización para la Energía Atómica de Irán, Gholamreza Aghazadeh, afirmó que su país tiene activas 5.000 centrifugadoras en las plantas de Natanz y Bushehr; de ahí el régimen de los ayatolás quiere pasar a 9.000. Los expertos afirman que esta cantidad de centrifugadoras para enriquecer uranio excedería los límites necesarios para producir energía para uso civil. Pero la realidad es que el OIEA no tiene indicadores claros de que Irán haya conseguido sobrepasar esta línea roja ni tiene la certeza de que quiera seguir la senda de las armas nucleares.

Israel se prepara, no obstante, para *el día después* de un Irán atómico. Será el momento en que haya perdido su hegemonía militar y se enfrente a un país cuyos líderes han declarado su deseo de

*Israel elabora desde 2007 estrategias para afrontar el escenario de un Irán nuclear: cómo mantener su capacidad de disuasión y de respuesta militar o cómo contrarrestar el miedo en la población a las armas nucleares iraníes*

que Israel “sea borrado del mapa”. El Ministerio de Defensa israelí elabora desde 2007 estrategias para afrontar este escenario. Cómo mantener su capacidad de disuasión y de respuesta militar o cómo contrarrestar el desgaste que generará en la sociedad israelí el miedo a las armas nucleares iraníes son cuestiones clave. Israel también considera opciones preventivas, ya que los planes futuros de Irán son vistos en el Estado como “amenaza existencial”. Ehud Olmert, primer ministro israelí hasta febrero de 2009, era partidario de la doctrina acuñada por Estados Unidos de emprender ataques preventivos contra las instalaciones nucleares de Bushehr y Natanz.

El precedente se remonta a 1981, cuando Israel bombardeó el reactor atómico de Osirak, en Irak, dando al traste con las ambiciones nucleares de Sadam Husein. Luego, en septiembre de 2007, el Ejército israelí bombardeó un supuesto reactor nuclear secreto sirio, que desarrollaba con asistencia norcoeana. El OIEA todavía investiga si Siria intentaba entonces construir un enclave atómico, tratando de verificar qué había en las instalaciones bombardeadas. A principios de febrero de 2009, este organismo no tenía ninguna prueba de que las alegaciones de Israel fueran ciertas.

Convencido de que un ataque preventivo contra Irán sería lo mejor para detener sus pretensiones nucleares, Israel buscó la aprobación de Washington. El periódico *The New York Times* reveló en enero de 2009 que Israel pidió en secreto ayuda a Estados Unidos para lanzar un ataque preventivo contra objetivos nucleares en Irán en 2008. Israel solicitó a Washington bombas capaces de perforar los búnkeres que protegen la planta de Natanz. Pero el presidente George W. Bush rechazó esta posibilidad al apreciar que la intervención sería ineficaz desde el punto de vista militar y que involucraría a Estados Unidos en un conflicto bélico con Teherán.

Un Irán nuclear es inaceptable para Israel, sea ahora o en el largo plazo. El dominio nuclear regional de Israel es esencial para su seguridad, en el contexto de confrontación en que se encuentra desde su creación. Tampoco puede aceptar que en un plazo de 20 ó 30 años los regímenes árabes hayan desarrollado programas atómicos, aunque sea para la generación de energía. Para Israel, incluso la posesión iraní de un dispositivo nuclear ineficiente sería un hecho cargado de simbolismo político. La percepción del estatus militar israelí —que su Ejército se ha encargado de apuntalar recientemente, mediante la ofensiva de Gaza— cambiaría en toda la región. Por ahora, Teherán parece concentrado en el desarrollo de su infraestructura nuclear civil, construyendo nuevas centrales (hay planificadas otras seis) al tiempo que investiga so-

bre reactores y sobre los procesos de enriquecimiento de uranio. Durante todo este proceso, que durará décadas, no hay duda de que el régimen adquirirá una especialización en la materia que le permitirá, en un momento dado, cruzar la línea para desarrollar armamento atómico.

La entrada de Irán en el *club* se añadiría, pues, a un “panorama ya de por sí altamente desestabilizador, tanto por los focos de conflicto que ya hay abiertos, como por la carrera en la que están implicados varios actores estatales (y probablemente alguno no estatal) para hacerse con estos ingenios” (Núñez y Hageraats, 2007). Pese a ello, no se ha conseguido crear un modelo de gestión regional en materia de seguridad que genere confianza y rompa la espiral de la proliferación de armas de destrucción masiva. Aquel hipotético Oriente Próximo libre de estas armas está cada vez más lejano.

### **Necesidades energéticas y proliferación nuclear**

La carrera atómica ha empezado. El detonante inmediato de la fiebre nuclear que se vive actualmente en la región es el programa iraní y su rivalidad con Israel. Todos sus vecinos quieren estar preparados ante el desafío. Además de su enfrentamiento con Israel, los regímenes árabes se sienten amenazados políticamente por el programa de Irán, un país que se perfila como la gran potencia regional de Oriente Medio en el marco de una polarización en aumento entre suníes y chiíes, las dos ramas principales del islam. El régimen de los ayatolás es el principal beneficiario de la invasión estadounidense de Irak y del derrocamiento de Saddam Husein. Washington ha reconocido también la importancia e influencia de Irán a la hora de estabilizar Afganistán, un conflicto prioritario en la agenda internacional del presidente Barack Obama. Además, sus alianzas con el grupo chií libanés Hizbulá y su apoyo al movimiento islámico (aunque de tendencia suní) palestino Hamas, le apuntalan como uno de los Estados clave en la resolución del conflicto palestino-israelí. Incluso sin armas nucleares, la República Islámica ya es el poder musulmán más importante de Oriente Próximo y sin duda se acrecentará su voz en la región.

En este contexto, los Estados del Golfo Pérsico y Egipto llevan desde 2006 insistiendo en que es necesario desarrollar sus propios programas y esgrimen las mismas razones que Irán: la acuciante necesidad de producir energía para fines civiles. Todos estos países tienen sistemas energéticos deficitarios y obsoletos que no pueden proveer de energía eléctrica a toda su población. Al mis-

mo tiempo, países como Jordania y Siria carecen de reservas naturales de gas o petróleo con las que generar energía. Mientras, los Estados que sí las tienen prefieren exportarlas para obtener ingresos. Irán, que es hoy el segundo país más rico en recursos energéticos fósiles, importa toda la gasolina que consumen sus 70 millones de habitantes. En este contexto hay que entender las palabras del rey Abdulá de Jordania a finales de 2007, cuando advirtió que las reglas para la región “han cambiado” en cuestión nuclear. Amán planea inaugurar su primera central en 2015. La corriente de opinión a favor de la energía nuclear en Oriente Próximo ha llegado incluso hasta Turquía. Y los esfuerzos árabes y turcos en este sentido pueden ayudar a que el programa iraní sea visto con buenos ojos por Estados Unidos y Europa, ya que los intereses energéticos de países aliados legitimarían los intereses persas.

*Si Irán consigue salirse con la suya y avanzar en su programa nuclear civil, países como Arabia Saudí y Egipto —con quienes mantiene rivalidades políticas y religiosas— no pueden quedarse atrás*

No obstante, no cabe duda de que la creciente popularidad de la energía nuclear en Oriente Medio y la acometida de proyectos en este sentido contribuirá a configurar el espectro de una proliferación indeseada en una región inestable, altamente militarizada y con graves problemas políticos y económicos. La doctrina de la *guerra contra el terror* de la era Bush no ha hecho más que contribuir a despertar los miedos. La doble naturaleza de esta tecnología facilita que la experiencia adquirida en el desarrollo del ciclo atómico para fines civiles —como por ejemplo, la obtención de electricidad— sea perfectamente aplicable a las opciones militares. “En este ambiente de desconfianza y desinterés en la cooperación internacional, cualquier programa nuclear —civil o militar, iraní o de cualquier otro país de la región— pasa a ser considerado, por definición, una amenaza para la seguridad” (Núñez y Hageraats, 2007). Simplemente, si Irán consigue salirse con la suya y avanzar en su programa nuclear civil, países como Arabia Saudí y Egipto —con quienes mantiene rivalidades políticas y religiosas— no pueden quedarse atrás.

Los intentos de crear instituciones de cooperación regional que eviten la proliferación no han dado frutos. Los países del Consejo de Cooperación del Golfo (organismo regional que engloba a Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Omán, Bahrein y Qatar) propusieron a finales de 2007 crear una institución proveedora de uranio enriquecido para evitar el contencioso entre Irán y Occidente sobre la cuestión de su programa atómico. La iniciativa contemplaba la creación de una planta enriquecedora de uranio que abasteciera a todo Oriente Medio. Este consorcio controlaría también que los países que participen en él no utilizaran la tecnología nuclear para fines militares. Desde entonces, poco se ha avanzado en este sentido. Más bien cada país ha estado dando pasos de forma individual para adquirir tecnología ató-

mica, al tiempo que ha intentado afianzar sus alianzas militares con Estados Unidos, en el caso de las petromonarquías del Golfo, con Francia, en el caso del Magreb, y con la OTAN, en el caso de Turquía.

Según el Informe al Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos elaborado en febrero de 2008, el desarrollo de armas nucleares saudíes será una de las consecuencias más serias y probables de la adquisición de la bomba por parte de Irán. El único factor que puede disuadir a este país de perseguir este fin es —según este documento— restaurar la relación bilateral que mantenía con Estados Unidos y reparar la percepción en el país de que puede confiar en las garantías de seguridad que le ofrece Washington. “Una bomba iraní conducirá casi con certeza a una bomba saudí” (Comité de Relaciones Exteriores del Senado de EEUU, febrero de 2008). De ahí la importancia de restaurar la fe de la monarquía Al Saud en la Casa Blanca, que ha sido el mayor garante de la seguridad del reino desde 1945, en los albores de la era del petróleo.

Así pues, Arabia Saudí ya negocia un acuerdo de cooperación con Estados Unidos en materia nuclear. Washington es consciente de que el reino *wahabí* carece de experiencia y de conocimiento técnico en la materia, más cuando se trata de desarrollar armas nucleares por su cuenta. Su infraestructura y conocimientos son inferiores, según los expertos, a los que pueden tener Egipto o Turquía. Por este motivo, investigadores y diplomáticos estadounidenses advierten de que los saudíes ya habrían buscado algún tipo de entendimiento con Pakistán.

Estados Unidos se ha ido posicionando en el Golfo Pérsico. Ya firmó un pacto sobre energía atómica con Bahrein en marzo de 2008. Pero el petro-Estado que más ha avanzado en el tema es Emiratos Árabes Unidos. En enero de 2008, rubricó un acuerdo bilateral con Francia por el que va a recibir un reactor de 4.000 millones de euros para su programa nuclear. A cambio, se establecerá una base militar francesa en los alrededores de Abu Dhabi, la capital, que acogerá en principio a 500 soldados de forma permanente. También, la compañía estatal francesa de energía nuclear Areva consiguió contratos independientes por valor de 84 millones de euros para proporcionar energía a la isla artificial de Deira, en Dubai. Paralelamente, Emiratos Árabes Unidos ha obtenido más ventajas que sus vecinos en su relación con Estados Unidos, de modo que se convirtió a principios de enero de 2009 en el primer país del Golfo en acordar una cooperación nuclear con Washington que le permitirá reprocesar uranio enriquecido y plutonio, la clave para generar combustible nuclear para sus reactores (o armas nucleares).

*La adquisición de tecnología atómica por parte de Turquía dañaría sus relaciones con Estados Unidos y con la OTAN, además de poner en peligro sus aspiraciones de entrar en la UE*

Para Egipto es un asunto estratégico reiniciar su programa nuclear, cuyos primeros pasos se iniciaron en la época de Nasser. El presidente, Hosni Mubarak, ha destacado que el plan “tendrá un empleo pacífico”, pero admite que la energía atómica “ha llegado a ser un soporte fundamental para la seguridad nacional”. La cuestión de poseer la tecnología del átomo no sólo es una necesidad energética para Egipto, que obtiene la mayor parte de su electricidad a partir del petróleo y del gas natural, pero sólo dispone reservas para 30 años. También es un asunto de supervivencia en las relaciones internacionales. Egipto está perdiendo influencia como potencia política árabe a instancias de Arabia Saudí y Qatar. Al mismo tiempo, un ascenso en el poderío de la República Islámica de Irán también le perjudicaría. El ya citado informe del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos estima que, si bien un Irán nuclear no empujaría necesariamente a Egipto a buscar la bomba, sí que lo haría el hecho de que Arabia Saudí se convirtiera en potencia nuclear. “Una bomba nuclear saudí representaría una amenaza seria al prestigio y a la identidad nacional de Egipto”, reseña el documento.

A ojos de la Administración de Mubarak, la posesión de tecnología nuclear apuntalaría su autoridad en la región y favorecería su desarrollo. El populoso país norteafricano firmó el Tratado de No Proliferación en 1981 y ha dejado claro que seguirá respetando sus condiciones y colaborando con el OIEA, lo que le hace ser visto con buenos ojos por el resto de miembros del club. El Gobierno egipcio dispone de dos reactores experimentales en la planta de Inchass, en el Delta del Nilo, y espera construir cuatro centrales nucleares de aquí a 2020, con un coste que alcanzará los 1.200 millones de euros cada una.

Por su parte, los planes nucleares iraníes son sentidos por Turquía con enorme presión. Aunque ambos países no se ven mutuamente como adversarios, Turquía piensa que los siglos de paz y relativa estabilidad entre ellos se deben al equilibrado balance de poder de ambos. Para Ankara, que aspira a ejercer un papel respetado como mediador entre Oriente y Occidente, el ascenso de la influencia regional de Teherán significaría la marginalización de los intereses turcos. Estados Unidos tiene claro que Turquía responderá a un Irán nuclear adquiriendo su propia tecnología. Sin embargo, también es consciente de los inconvenientes que le acarrearán: dañará sus relaciones con Estados Unidos y con la OTAN, además de poner en peligro sus aspiraciones de entrar en la Unión Europea. Quizá las instituciones turcas —con un récord más democrático que sus vecinos árabes— puedan ayudar a tomar la decisión adecuada cuando este día llegue.

Algo se mueve también en el Magreb. Marruecos, Túnez, Argelia y Libia se están posicionando para desarrollar tecnología atómica con el fin de reducir su gasto energético. Marruecos firmó en 2008 un protocolo de acuerdo con Areva para investigar y desarrollar la extracción de uranio a través del fosfato, mineral del que posee extensas reservas en el territorio del Sáhara Occidental, anexionado en 1975 tras la retirada de España y que permanece en disputa con el Frente Polisario. Potenciar el dominio del ciclo atómico dará a Rabat la baza de perfilarse como líder en el Magreb, a expensas de Argelia, su eterno rival. La propia Argelia también ansía lo mismo y ya ha firmado un protocolo de acuerdo con Estados Unidos. Además, su relación (a veces de amor-odio) con Francia —una de las mayores potencias nucleares del planeta— le ha facilitado la comprensión del presidente galo, Nicolas Sarkozy, favorable a cooperar en este ámbito.

Igualmente, Libia intenta no perder comba ahora que ha sido rehabilitada en la comunidad internacional, tras décadas de ostracismo relegada como un Estado que promocionaba el terrorismo. El coronel Gadafi está dispuesto a aprovechar esta nueva situación y ha establecido un memorándum de acuerdo con Francia sobre el uso nuclear civil que contempla el suministro de un reactor. Además, Libia coopera con la Agencia de Energía Atómica rusa para desarrollar esta energía con propósitos médicos. También Túnez ha rubricado un acuerdo marco con París para cooperar en materia civil. No se nos escapa que Francia está utilizando su posición como potencia nuclear para reforzar su presencia en el Magreb a base de acuerdos de cooperación en esta materia, un posicionamiento que le convertirá en socio estratégico de los países del Magreb —aún más si cabe— en las próximas décadas.

No sólo la cooperación en materia nuclear ha experimentado un increíble crecimiento en Oriente Medio, sino también la venta de armamento convencional. En su estrategia de aislar a Irán, Estados Unidos ha firmado acuerdos de compraventa de armas con los llamados Estados árabes moderados que ascienden a 20.000 millones de dólares. Arabia Saudí es el país que más ayuda militar recibirá en los próximos 10 años, pero también Kuwait, Qatar, Omán, Bahrein y Emiratos Árabes Unidos, además de Egipto, que renovó sus acuerdos en 2008 por 13.000 millones de dólares. El principal receptor de ayuda militar estadounidense sigue siendo Israel, pero Washington está armando al mismo tiempo a sus enemigos potenciales, creando un peligroso equilibrio de fuerzas.

La Casa Blanca aumentó en 2008 su ayuda militar a Israel en un 25%, lo que significa que alcanzará hasta 30.000 millones de dólares la próxima década. Aunque Israel sigue conservando la hegemonía militar en la zona, los regímenes árabes cuentan con



nueva tecnología y armamento. Todo ello en una época en que el conflicto de Oriente Medio está exacerbándose, después de la Guerra del Líbano de 2006 y de la ofensiva militar israelí de 22 días contra Gaza entre diciembre de 2008 y enero de 2009.

### **La rehabilitación de la energía nuclear**

La amenaza nuclear es una de las constantes más asentadas de nuestra civilización. Desde su trágica aparición en Hiroshima y Nagasaki, en el ocaso de la II Guerra Mundial, el fantasma de una guerra atómica y la pesadilla de la destrucción total del ser humano no han abandonado el imaginario colectivo a pesar de que el arsenal nuclear fue relegado durante la Guerra Fría a un papel meramente disuasorio. Los temores, en un mundo post 11-S, se centran en que algún grupo terrorista tenga acceso o robe material nuclear o armas de esta naturaleza y las utilice en un gran atentado. Sin embargo, el peligro real lo representan las 27.000 armas atómicas que atesoran los países miembros del exclusivo *club*.

Al mismo tiempo, la salud del mayor garante que existe para evitar la proliferación, el Tratado de No Proliferación, se resquebraja. Desde que en 1995 se acordara la vigencia indefinida del acuerdo, acercando el sueño de que el mundo se librara algún día de la lacra nuclear, este instrumento no ha dejado de sufrir varapalos: la irrupción en 1998 de India y Pakistán en el panorama atómico, el 11-S, las guerras de Afganistán e Irak (no hay que olvidar que la guerra se legitimó tras acusar a Sadam Husein de poseer armas de destrucción masiva, aunque luego este hecho se reveló falso) y las crisis con Corea del Norte e Irán. “Da la impresión de que nadie defiende sinceramente el régimen de no proliferación nuclear” (Núñez y Hageraats, 2007).

En realidad, el ahora revitalizado sector de la energía nuclear llevaba tres décadas en crisis. Tras la recesión económica que siguió a la subida de los precios del petróleo en 1973, los accidentes nucleares —primero en Three Mile Island (Estados Unidos) y luego en Chernobil (Ucrania)— empeoraron más las condiciones del sector. La necesidad de mayores exigencias de seguridad sobre las plantas nucleares repercutió directamente en sus costes, ya de por sí abultados y que generaban grandes déficits asumidos por las arcas públicas, lo que llevó a que la opción nuclear fuese menos atractiva aún. Lo ocurrido en Chernobil de 1986 demostró la gravedad de las consecuencias que puede tener un accidente nuclear de gran envergadura, además de acentuar la imagen ne-

*Desde su trágica aparición en Hiroshima y Nagasaki, el fantasma de una guerra atómica y la pesadilla de la destrucción total del ser humano no han abandonado el imaginario colectivo*

gativa de la energía nuclear en los países industrializados. Nos refrescó la memoria perdida de Hiroshima y Nagasaki hasta volver a experimentar, en los últimos años, un nuevo apagón amnésico. Desaparecido el Telón de Acero, las armas nucleares están destinadas a buscar una nueva guerra fría: la de la estrategia de disuasión en Oriente Medio.

El debate a favor de la energía atómica se ha reabierto en muchos países, que la defienden como una forma de cumplir con el Protocolo de Kyoto. Políticos y técnicos respaldan este tipo de energía como la solución a muchos problemas del planeta. Ahora, sus partidarios intentan resucitarla difundiendo tres mensajes fundamentales: la energía nuclear como solución al cambio climático; la energía nuclear como respuesta al agotamiento y encarecimiento del petróleo y la energía nuclear como salida a la dependencia energética nacional de los países industrializados (Coderch y Almiron, 2008). Nicolas Sarkozy, George W. Bush y Tony Blair, además de algunos ecologistas reconvertidos, han relanzado esta cruzada y se han convertido en gurús de la energía nuclear. Pronto, la cota de 442 reactores nucleares activos que existen en el planeta quedará rebasada. Rusia, Estados Unidos y Francia se disputan el *negocio* nuclear, que vive su mayor escalada en Oriente Medio y el Magreb, pero también se encuentra en auge en Europa y Asia. Para estas potencias, se trata asimismo de una buena forma de extender y revitalizar su a veces maltrecha influencia en la región.

Un ejemplo es Francia, el país más nuclearizado del mundo. Es la segunda potencia nuclear en número de centrales por detrás de Estados Unidos: tiene 59 en funcionamiento. Pero es la primera en cuanto al porcentaje de energía que obtiene a través del ciclo atómico: un 78%. Estados Unidos, con 104 reactores nucleares, sólo consigue el 19,4% de su producción eléctrica por vía nuclear, mientras que en España, con ocho reactores en activo, la energía atómica suministra alrededor del 20% de la electricidad consumida. El presidente francés se ha lanzado a la construcción de reactores de tercera generación, los llamados EPR (European Pressurized Reactor). Se trata de reactores de agua presurizada desarrollados por la empresa estatal Areva, que tienen una potencia de 1.600 megawattios, consumen un 15% menos de uranio y producen un 30% menos de residuos radiactivos que los actualmente en funcionamiento. Son más seguros, pero igualmente más costosos. Aproximándose al dossier nuclear como una oportunidad de negocio, la empresa estatal francesa EDF tiene prevista la construcción de hasta una decena de nuevos reactores EPR en todo el mundo.



## Más que una solución, un problema

Más de medio siglo después de la aparición de la energía atómica, aún carecemos de soluciones para los problemas fundamentales que presenta: elevado coste, seguridad, residuos y proliferación militar. El enriquecimiento de uranio y la operación de centrales nucleares ha permitido, según datos del OIEA, que hasta 40 países estén en disposición de desarrollar armamento nuclear. Esto incluye también la llamada *bomba sucia*, ya que no es necesario extraer plutonio del uranio irradiado para obtener bombas de radiación. Un explosivo convencional puede servir para detonar combustible nuclear usado que, aunque no es mortífero al instante, sí que contamina de radiactividad un área determinada y toda su población. Un informe del Massachusetts Institute of Technology (MIT) concluye, con respecto a la cuestión de la proliferación nuclear, que “el actual régimen de salvaguardia internacional es inadecuado para superar los retos de seguridad” de la expansión atómica actual.

*Las probabilidades de un accidente nuclear grave son muy elevadas y la vulnerabilidad de las instalaciones es abrumadora. Todo ello cobra una alarmante importancia en el caso de Oriente Medio y el Magreb*

Los problemas que conlleva la energía nuclear se obvian mientras se magnifican sus supuestos beneficios. Es falso que se trate de una energía limpia que no genera emisiones de CO<sub>2</sub>. Tampoco es cierto que suponga un alivio económico frente a los altos costes del petróleo y el gas. Asimismo, la infraestructura atómica no potencia la independencia energética, puesto que tan sólo unos pocos países poseen minas de uranio y capacidad de enriquecimiento. La energía nuclear tampoco acabará con la tiranía del petróleo, del que depende totalmente la industria del transporte. No obstante, el argumento más rotundo contra la proliferación de centrales nucleares en el mundo, y en particular en Oriente Medio, es que se trata de instalaciones “inherentemente inseguras” (Coderch y Almiron, 2008). Las probabilidades de un accidente nuclear grave son muy elevadas y la vulnerabilidad de las instalaciones es abrumadora. Todo ello cobra una alarmante importancia cuando hablamos de Estados del Magreb y de Oriente Medio, altamente inestables, con problemas serios de seguridad y con graves déficits democráticos y de transparencia.

Las crecientes amenazas han motivado una nueva ola de pensamiento sobre la cuestión de las armas nucleares entre los intelectuales estadounidenses. Varios ex secretarios de Estado y de Defensa de Estados Unidos, entre los que se encuentra —sorpresivamente— Henry Kissinger, publicaron un artículo a favor de un mundo libre de armas nucleares, en el periódico *The Wall Street Journal*, en enero de 2007. El actual presidente de Estados Unidos, Barack Obama, se mostró partidario de esta *visión*. Y con ello, adquirió la responsabilidad moral de hacer de la eliminación de los arsenales atómicos un principio organizador de la política

nuclear de la Casa Blanca. En este sentido, los esfuerzos diplomáticos de Washington deben centrarse en convencer al mundo de los beneficios de la “lógica del cero” (Daalder y Lodal, 2008). Para ello, debe empezar dando ejemplo reduciendo el arsenal nuclear estadounidense a menos de un millar de cabezas atómicas y continuar reforzando el Tratado de No Proliferación Nuclear. Este convenio reclama en su artículo 6 la eliminación de las armas nucleares. Ambos autores mencionan un argumento convincente y esperanzador por el que se debería concluir que las armas nucleares son inútiles: ninguno de estos ingenios ha vuelto a utilizarse desde Hiroshima y Nagasaki.

La realidad que se avecina rompe, sin embargo, con todo viso de esperanza de conseguir la erradicación de la lacra de las armas atómicas. Más de 25 países planean construir plantas atómicas por primera vez en los próximos años. Muchas de estas naciones argumentan que deben diversificar sus fuentes de energía para afrontar las necesidades futuras. Y mientras, los principales proveedores de material y tecnología nuclear están impacientes por competir en un negocio que no está en el mercado, sino en los subsidios públicos. A menudo obvian las advertencias de que la creación de nuevas plantas pondrá sobre la mesa nuevas amenazas. No importa si las ansias atómicas se justifican en la preocupación por el calentamiento global, en el declive de las reservas de petróleo y gas y sus altos precios o se trata más bien de una ambición de poder a través de la posesión de armas de destrucción masiva. La carrera nuclear en Oriente Medio y el Magreb está llamada a trastocar el equilibrio de la zona. El peligro es doble: la moribunda industria del átomo resucita con los sueños de poder de líderes dudosos.

## Referencias bibliográficas

Bertram, C. (2008) “Rethinking Iran: From confrontation to cooperation”, *Chaillot Paper* n° 110, agosto de 2008. European Union Institute for Security Studies. Disponible en <[www.iss.europa.eu](http://www.iss.europa.eu)>

“Chain Reaction: Avoiding a nuclear arms race in the Middle East”, informe al Comité de Relaciones Exteriores del Senado de EEUU, febrero de 2008. Disponible en: <[www.fas.org/irp/congress/2008\\_rpt/chain.pdf](http://www.fas.org/irp/congress/2008_rpt/chain.pdf)>

Coderch, M. y Almiron, N. (2008) *El espejismo nuclear. Por qué la energía nuclear no es la solución, sino parte del problema*. Barcelona. Editorial Los Libros del Lince.

Daalder, I. y Lodal, J. (2008) “Nuclear Policy for the next US Administration”, en *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre 2008.

Heisbourg, F. (2007) "L'Iran et la bombe, la guerre ou la paix", en *Le Monde*, 11 de septiembre de 2007.

IAEA Board of Governors (2007, 2008 y 2009) *Report by the Director-general*, 15 de noviembre de 2007, 22 de febrero de 2008 y 19 de noviembre de 2008. Disponibles en <[www.iaea.org](http://www.iaea.org)>.

Meneses, R. (2007) "Oriente Próximo se lanza a la carrera nuclear", en *El Mundo*, 10 de noviembre de 2007.

Núñez, J. y Hageraats, B. (2007) *Las armas de destrucción masiva en el Mediterráneo. Más allá de la amenaza nuclear*. Informe elaborado por el Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH) para la Fundación CIDOB. Disponible en versión PDF en <[www.iecah.org/publica.php](http://www.iecah.org/publica.php)>.

Reigeluth, S. (2008) "Oriente en armas", en *Foreign Policy Edición Española*, agosto/septiembre 2008. Disponible en: <[www.fp-es.org/oriente-en-armas](http://www.fp-es.org/oriente-en-armas)>.

Rogers, P. (2008) "Will Israel attack Iran?", en *openDemocracy*, 30 de noviembre de 2008. Disponible en <[www.opendemocracy.net](http://www.opendemocracy.net)>.

Weymouth, L. (2009) "On nukes, tread softly", entrevista con Mohamed El Baradei, en *Newsweek*, 9 de febrero de 2009.